

Kirsten Boie

HAY COSAS

que no
se pueden

CONTAR

Traducción del alemán de
Miriam Vázquez

 Siruela

Las Tres Edades

Índice

Conozco a un niño en África 9

El libro de mamá 25

Los zapatos de Jabu 51

Gugu se quema 81

Epílogo 95

Pequeño glosario de palabras en suazi 99



Conozco a un niño en África

Conozco a un niño en África. Vive en las colinas de Shiselweni, no lejos de Hlatikulu, donde, por las mañanas, el rojo sol sale tras las cimas y la lejanía queda difuminada en una neblina azul. Es el lugar más bonito del mundo, y Thulani lo sabe bien. Thulani es el nombre del niño.

Bajando desde la meseta en la que los pastores guían a sus cabras con sonoros cantos, y pasando por el estrecho sendero trillado que va a lo largo de un arroyo en el que, incluso en época de sequía, casi siempre discurre una corriente de agua, se llega finalmente a su cabaña después



de cruzar por los pasaderos que llevan a la otra orilla.

El niño se llama Thulani y tiene once años. Es una buena edad para un niño. Cada día se hace un poco más grande y más fuerte, y es que tiene que ser fuerte, aunque no sea ni mucho menos todo lo que debería.

Vive en la cabaña con su *gugu*, que es tan vieja que ya no recuerda el día en el que nació, ni el año, ni tampoco el día en el que dio a luz a la madre de Thulani, que yace ahora en una tumba estrecha que hay detrás de la cabaña, justo al otro lado del camino. Thulani la ha tapado con piedras grandes y pesadas para que resulte bonita a las personas que vienen y para evitar así el paso de los animales. Ya no quedan hienas en las colinas de Shiselweni, pero *gugu* le ha insistido en que sí podría haber buitres, y nadie es capaz de decir qué otros animales más.

Thulani cavó la tumba con la ayuda de las vecinas. ¿Cómo podría excavar un niño una tumba para su madre con la única ayuda de su hermana pequeña, en un suelo duro y seco a



causa del sol, y cayéndole sin parar las lágrimas?

Sí, la hermana pequeña de Thulani está ahí, pero ¿qué puede hacer una niña de ocho años? Es demasiado débil incluso para coger agua del arroyo, aunque solo esté a diez minutos de la cabaña. No puede llevar el bidón lleno, es verdad, pero Thulani le dice con tono severo que puede ir dos veces y llenarlo solo a la mitad. Por eso siempre discuten, y a veces se quedan sin agua.

Cuando sucede eso, Thulani va a toda prisa antes de que el sol desaparezca tras las colinas y se haga de noche, porque en la oscuridad acechan los buitres. A pesar de tener ya once años y de ser cada día un poco más grande y más fuerte, hay que tener mucho cuidado con ellos.

Su hermana se llama Nompilo, y Thulani la quiere mucho, aunque nunca se lo diría y a veces le haga enfadar. Él es el hermano mayor, el hombre de la casa, y cuida muy bien de ella. Por eso, la manda todos los días a la escuela, o casi todos, y le dice que debe lavar su uniforme,



aunque se le haya quedado demasiado corto y estrecho, y esté desgarrado por debajo de los brazos, porque sin él no se puede ir a la escuela. Lo que sí puede es ir sin pagar, así se lo explicó el jefe cuando Thulani fue a verlo para hablar sobre qué iba a pasar ahora que solo estaban él, Nomphilo y *gugu*, que está paralítica en la cabaña y tan solo puede mover los brazos. El jefe y Thulani hablaron de hombre a hombre, pues él es ahora el cabeza de familia.

—¡Tú decides lo que tienen que hacer las mujeres! —le dijo.

Pero el jefe no conoce a Nomphilo, ella nunca quiere escuchar a Thulani. Ni tampoco conoce a *gugu*, que le grita que vaya a por agua, a por harina de maíz para el puré, si es que queda, y a por leña para el fuego que encienden en el suelo de la cabaña. *Gugu* cocina el puré porque sus brazos todavía están fuertes, y lo remueve una y otra vez en una olla de tres patas.

—¡Tú decides qué hacen las mujeres! —le dijo el jefe. Pero él no conoce a Nomphilo y tampoco a *gugu*, si no, no diría eso.



—Nomphilo no tiene que pagar la escuela porque es muy pequeña todavía y los dos primeros cursos son gratis —le dijo también.

Pero Thulani sí tiene que pagar, porque con once años ya se es mayor, ¿por qué debería el rey regalarle nada? Por eso, Nomphilo va sola a la escuela. No queda lejos yendo por el valle y la colina, apenas a algo más de una hora y, además, a Thulani ya no le queda bien su uniforme.

—¡El rey ha determinado que los niños mayores también pueden ir ahora a la escuela sin pagar! —le dijo la vecina cuando atravesó la colina para cuidar a *gugu*.

No va muy a menudo porque su marido murió y ella cada día está también más delgada. Todos en las colinas de Shiselweni saben lo que eso significa. Primero, siempre son los padres los que empiezan a adelgazar y a debilitarse, y al final, son enterrados por sus mujeres. Por suerte, para cavar las tumbas de ellas, están todavía los hijos.

La vecina está cada vez más delgada y tiene seis hijos, lo que le supone bastante trabajo para



labrar la tierra; sin embargo, sigue yendo a veces a ver a *gugu*.

—Thulani, vuelve tú también a la escuela —le dice ella mientras su pequeño se agarra a su pierna—. Los mayores como tú ya no tienen que pagar. La escuela es gratis si los padres han muerto, ¡lo ha dicho nuestro rey!—. Se queda un rato pensando en ello y se lo vuelve a decir otra vez.

Pero el profesor le explicó que para eso se necesita un certificado de defunción, tal y como determinó el rey. Si no, ¿cómo podría saber que Thulani no miente? Entonces todos los niños del país irían a la escuela sin pagar y recibirían también el uniforme gratis; por eso, hay que entregar un certificado.

—Lo entiendes, ¿no, Thulani? —le dijo el profesor; y Thulani asintió porque a los profesores no se les contradice.

Pero Thulani pensó que las vecinas serían igual de válidas que un certificado. Todas pueden atestiguar que su padre y su madre están en el cielo con el Señor Jesús, que ama a todas las personas, aunque no siempre las cuida por igual,



o por lo menos, no de la misma forma. Pero, no... tiene que haber un certificado, el profesor se lo ha dicho, y para eso Thulani tiene que ir hasta Nhlngano, a la administración del distrito, cuyo representante es el rey. El jefe deberá acompañarlo para testificar lo que cuenta. Pero ¿acaso tiene el jefe tiempo para eso? Si fuera así, y si cada vez que una persona muriese tuviera que ir a por un certificado, solo estaría en Nhlngano. Y es que mueren muchas, demasiadas personas en el pueblo, en las colinas de Shiselweni y en todo el país.

—En las colinas antes moríamos sin necesidad de un certificado —dice el jefe—, y también hoy podemos morir sin él. ¿Qué cambia un papel?

Y por eso, Thulani ya no va más a la escuela, ¿para qué iba a ir? Sabe contar de sobra, escribir mejor que Nomphilo, y leer casi también. Además, ¿qué iba a leer? No hay periódicos en la cabaña, ni tampoco libros, Thulani no los necesita. Y si va a la tienda, que está a una hora por la gran carretera de arena, basta con que señale el artículo y diga lo que quiere. De todos mo-



dos, nunca va, ¿para qué iba a ir, si no hay dinero?

A veces, cuando ya ha cogido agua, le ha llevado a *gugu* la harina de maíz y ha mandado a Nomphilo a la escuela, Thulani juega al fútbol con los otros niños que, como él, se quedan en casa. Juegan arriba, en la meseta, que es tan llana que la pelota rueda muy despacio hasta llegar a la portería. Han hecho la pelota anudando una bolsa de plástico llena de hierba, y las porterías clavando en el suelo unas ramas.

Corren rápido, gritan alto, y se dan en el hombro para felicitarse por haber metido un gol. Se ríen tanto que Thulani siente la felicidad por todo su cuerpo, y mientras el sol se eleva lentamente sobre el horizonte piensa que, para algunas cosas, está bien que ya no vayan a la escuela.

Algunos días, Thulani se queda quieto de repente, en mitad del partido, y mira hacia el otro lado de la meseta. Nadie puede saber si un día quizá vengán los blancos, se coloquen alrededor del campo para ver el partido, y uno que lleva zapatos impolutos, un traje negro y gafas con



cristales oscuros, señale al final a Thulani, lo lleve en su coche a los países de los blancos, donde juegan con balones de cuero y con zapatillas, y le den una casa de piedra, un coche y zapatos para todos los días.

Todo el mundo sabe que, a veces, vienen desde muy lejos en sus aviones para ver cómo juegan al fútbol. Thulani sueña con eso por la noche, tumbado en su esterilla. Pero quizá, como dicen los demás, solo vienen a ver a los que viven a orillas de las grandes carreteras. Y además, ¿qué sería de *gugu* y de Nomphilo si él se fuera a buscar su suerte y se quedarán completamente solas? Sí, algunas veces vienen a las colinas, aunque no muy a menudo. Están por todas partes del país, van con sus coches por las carreteras grandes, y sus curanderos vienen una vez por semana a la enfermería donde las bondadosas enfermeras ayudan a todos los que son capaces de llegar hasta ellas.

En una ocasión, Thulani estuvo allí con su madre, antes de que ella estuviese demasiado débil para recorrer el largo camino por el sendero

